

LAS PLAYAS DE ZACATECAS

Por Rodrigo Román

Volaba la pregunta una y otra vez como moscas en su mente, ¿Qué hora es? - Parecen horas que llevo despierto y sigo sin poder dormir, son las 3 am!. El cuerpo pesado, el calor lo exaspera, su mente afilando ideas. Todo esto afirmaba Pablo tras desbloquear la pantalla del celular que tomó del buro junto a la cama. Llevaba días y días de dormir a medias, pensando, divagando, dejando correr sus pensamientos, como ríos de ideas en su mente. Era otro día más del confinamiento, había perdido la cuenta, habían pasado quizá 10 o 15 desde que inició el virus. Se extendían los días y parecía que se prolongarían por más tiempo las medidas de contención. La cosa ya no iba bien, no habían sido días agradables desde que Irene se marchó. Había monotonía, desgaste y desencanto, pero ahora más que nunca su recuerdo volvía en un avasallante y agudo dolor de cabeza. Ella se había ido con su madre y no habían vuelto a hablar desde que se dictamino el distanciamiento social. Una astilla más para ese insomnio que parecía no ceder conforme iban transcurriendo los minutos, las horas, los días y las semanas.

Pablo tomo su celular, al no lograr conciliar el sueño y comenzó a navegar entre las decenas de noticias que hablaban de lo mismo, todo sobre la epidemia: “Un nuevo paradigma se presenta ante la población!”, “Se trabaja en una nueva vacuna para combatir la pandemia mundial”, “La crisis económica aflora en el sector social y empresarial”, “Los nuevos integrantes de las crisis familiares: El miedo y la ansiedad. Y así, deslizando el dedo pulgar ve el derrame informático: noticias, opiniones, quejas, polarización social y un largo etc. De pronto se detuvo, - Pero ¡¿Qué es esto?! - leía un *tuit* con el encabezado que decía: “Así lucen hoy en día *las playas de Zacatecas*”. Justo debajo de la nota, había una fotografía donde algunas personas gozaban, en un día normal de vacaciones, de la playa, tomando el sol y disfrutando de la cálida tarde. El absurdo de la noticia le causo una sonrisa de incredulidad. - ¿Pero quién habría montado tal disparate? Claro está que en Zacatecas no hay playas. La desinformación llegó a extremos de verdadera tontería, ¡bah! - En ese momento quiso involucrarse en

los hilos de polemizar y evidenciar la mala nota que había despertado su aversión. Tras un respiro, con el desencanto de leer algo absurdo, bloqueó su teléfono y decidió pasar de largo tal noticia. Intentó dormir nuevamente, parecía que el tiempo estaba de su lado y poco a poco se fue quedando dormido, envuelto en el sonido de su respiración. La madrugada quedó sorda y muda. En la habitación sólo se escuchaba un silencio absoluto, uno que otro mosquito rondando por las paredes y acechando a picotear algo de piel humana.

10:00 Pablo volvió de aquel reposo calmo, le era difícil abrir los ojos, sintió una sensación de no poderse mover. Mientras escuchaba el ruido de las aves, el perro vecino ladrando, las campanadas de los camiones de la basura. El día volvía a comenzar. Con un esfuerzo casi titánico Pablo se incorporó. El despertador jamás sonó, puesto que el teléfono se quedó sin pila al haberlo dejado prendido cuando volvió a intentar dormir. - ¿Qué día es hoy? El trabajo, un par de juntas de trabajo. ¿Por qué ahora hay trabajo?. No quiero seguir. Me había el tener que trabajar de esta manera - . Se quedó un instante sentado en la cama, tomo su celular. Pensó en Irene, - La extraño. ¿Cómo la estará pasando? ¿Estará despierta ahora? Ya pasaron varios días sin saber de ella - , sólo la había visto *online*. - ¿En qué fallamos? El encierro se hace pesado, denso - . Se levantó, estiró los brazos y se dirigió al baño para despabilarse, mientras secaba su cara llegó a su cabeza el encabezado de aquella noticia que había leído de madrugada: "Las playas de Zacatecas". - Que ocurrencia, vaya lugar que no existe - . Sin embargo, la frase no dejaba de darle vueltas, le parecía extraña, pero la frase se repetía como un *loop* y era imposible quitársela. - ¿Porque tengo que estar pensando en eso?, es una cosa totalmente irrelevante y sin sentido - , pero conforme trataba de desterrarla, más se repetía en su cabeza la tan singular nota.

Por suerte era sábado, bajó las escaleras con desgano, no habría que conectarse al trabajo, divagaba en ese momento. Quizá hoy tendría el ánimo para llamar a su madre que se encontraba en un lugar muy distante, allá en la tierra de los abuelos, donde corría el viento detrás de las montañas y los senderos, allá donde fallecía el sol con espectaculares tonos de colores, como traídos de lugares fantásticos; donde la lejanía de los campos con los olores de los árboles

frutales, se sentía y se podía respirar. Allá donde vivían los abuelos, donde también se olía a leña quemada y a barro mojado. Donde se estaba libre de la ciudad. Decidió no llamar. - Pero a quien se le habría ocurrido que en Zacatecas hubiese playas!, no lo puedo imaginar, en un estado del norte, ¿playas?, no, imposible - , ya no quería pensar en ello. - Irene, ¿Puedes salir un momento de mi mente? - No le hacía bien, lo debilitaba, no sabía cómo manejarlo. Pablo recordaba con aire nostálgico los días que paseaba con Irene por los parques de aquellos antiguos barrios, donde ella vivía, un sitio al sur de la Ciudad de México. Había fuentes, iglesias antiguas, plazas, jardines, vendedores por todos lados, sitios para comer y beber. Recordaba las caminatas con los perros, las risas, el aroma de su cabello. Recordaba su rostro, era imposible de desvanecer, podía sentir su mirada, perpetua, su sonrisa, escuchaba su voz como ecos retumbando en las paredes - ¿Porque ahora? - No tenía ganas de buscar algo para desayunar, - Esto va mal, ¿Qué va a pasar? - Pablo se dirigió a la pequeña cocina que ocupaba un rincón del departamento, donde llevaba un poco más de un año viviendo después de haber obtenido ese trabajo de editor que estuvo persiguiendo por años, no fue fácil haber logrado el puesto de entre tantos solicitantes. Tomó un encendedor y prendió la flama de la estufa en donde colocó un pequeño pocillo que contenía café de muchos días atrás, había comido mal, no podía conciliar el sueño, se sentía oprimido por la vorágine que envolvía al mundo entero: *el virus, la pandemia*. - Que desorden hay aquí, debería limpiar un poco; esto no se ve bien, ¿pero que me está sucediendo?, quisiera desaparecer de aquí, me gustaría poder viajar, escapar a algún sitio donde no tuviera que pensar en nada, si tan solo pudiera estar en el bosque, en la selva, en la playa, *en las playas de Zacatecas*; ¡Que! Pero que estoy diciendo, porque no dejo de pensar en esa tontería, "*Las Playas de Zacatecas*" - . Pablo conecto su celular, abrió el refrigerador, saco un par de huevos, un frasco de mermelada, tostó un poco de pan y se preparó un simple pero estimulante desayuno, seguía pensado y pensando en lo que haría ese día que era igual al anterior y al ante-anterior y así sucesivamente, se decía en el interior de sí mismo. Todo era nebuloso, había perdido el interés por leer, uno de sus pasatiempos favoritos, las películas y series

no figuraban ahora en su ánimo, había dejado de ejercitarse y parecía que el tiempo era un verdugo implacable dentro de ese ambiente incierto y desorbitado. En ese momento se escuchó un mensaje que entro a su móvil. Dio un trago vasto a la taza de su café y se levantó de la mesa para revisar de que se trataba, era un mensaje del grupo de baile del que formaba parte. En aquellos días donde todo iba de maravilla con Irene, ella lo había persuadido para inscribirse a clases de baile, ya que ella misma disfrutaba de este y quería que Pablo fuese su pareja predilecta. Solían salir de vez en cuando a bailar en esos lugares donde hay música en vivo y un ambiente presto para pulir la pista y mostrar sus mejores pasos. Las clases habían pasado al formato en línea por las circunstancias de confinamiento. Era tanto el tiempo que pasaba en la computadora atendiendo su trabajo que ya no le quedaban ganas de conectarse a esas clases. El mensaje decía lo siguiente : “Tu única certeza es este instante, lo demás, una posibilidad”. Pablo se quedó quieto un momento, pensativo, volvió a leer el mensaje y observo a su alrededor. Veía que no había ordenado el sitio desde ya hacía mucho tiempo, había libros, revistas de la editorial, papeles, tazas de café vacías, botellas de agua, algunas latas de cerveza, una caja de galletas abierta de la que el gato se había encargado de limpiar los últimos restos. Vio un montón de ropa amontonada en el sillón que estaba junto a la ventana, el gato dormido encima, volteó la mirada hacia el lavabo y miro una torre de trastes sucios junto a latas ya sin contenido que había limpiado el pequeño felino. Se dio cuenta que era necesario poner un poco de orden, tomo un respiro y se dispuso a comenzar.

13:00 Después de haber ordenado un poco la cocina, Pablo puso un poco de música para relajarse, en su móvil tenía una *playlist* de música que utilizaba cuando practicaba yoga. Antes de romper con Irene frecuentaba un sitio donde se hacían practicas dos o tres veces por semana, un amigo lo había invitado y le despertó el gusto por practicar esta disciplina milenaria. La siguió practicando durante el tiempo que mantuvo su relación con Irene, así como el ir a bailar algunos salones. Pero se fue olvidando poco a poco hasta que dejó de ir. Mientras que de la bocina del celular salían sonidos de cantos antiguos, sonidos

de violines y ambientes orientales. Pablo se sentó un momento en aquel viejo sillón, tomó un bloque de papeles y comenzó a hojearlos, había que deshacerse de documentos que ya no le eran necesarios, mientras iba pasando las hojas encontró una foto donde aparecían Irene y el abrazados, sonrientes; sentados en una fuente de una colonial plazuela, estaban en Zacatecas. Habían hecho un paseo por aquella ciudad hacía no más de un año, fue por motivos de trabajo, recordó que mientras iban caminando por aquellos callejones, un fotógrafo se les acercó para ofrecerles una instantánea en aquella plazoleta. Él conservó la fotografía y ahora la encontró entre todo ese papelerío. Al sonido de la música en el móvil vinieron recuerdos, frases, aromas de aquellos días perdidos, manos entrelazadas, dos almas y cuerpos caminando entre las ciudades de rosa y plata – Ahhhh, Que viaje! Tu recuerdo se hace presente y es inevitable sentirlo, más ahora, podríamos estar juntos caminando en algún lugar, en la playa, en “*Las playas de Zacatecas*”, juntos. Duele tu ausencia - .

15:00 Tras haber hecho un poco más de orden en la pequeña sala, recoger un poco de basura y tirar los envases que se habían acumulado, Pablo experimentó una sensación de ansiedad, ese dolor en el pecho que le aceleraba el corazón y le causaba una opresión; como si algo lo estuviese aplastando internamente. Trató de respirar calmadamente para disminuirlo pero la sensación se volvía cada vez más intensa – Tranquilo amigo, todo está bien -, se decía, - Estas aquí. La cosa con Irene ya no estaba bien, tenía que ser así, calma, respira - . Se dirigió a desconectar su teléfono y volvió a ver el mensaje del grupo de baile: “*Tu única certeza es este instante, lo demás, una posibilidad*”, Pablo se sentó un momento, poco a poco se fue normalizando el malestar. Recordó a su abuelo, quien alguna vez le dijo que se podía tener el poder de ir y venir a cualquier lugar con solo cerrar los ojos y concentrarse; usar la mente para crear imágenes y dejarse llevar en un viaje sin límites con sólo pensar en ello. Hacía tiempo que no veía a sus abuelos, después de que se había establecido el resguardo en casa era difícil trasladarse. Su madre había estado allá desde antes del confinamiento y no había regresado a la ciudad, solo se comunicaba con él por teléfono. Ya más

relajado, Pablo sintió un poco de hambre, pensó en pedir algo y sentarse a ver un rato la televisión. Quizá llamar a Dan, su mejor amiga, -Si, pediré algo de comer, llamaré a Dan para ver que tal la está pasando, ¿Donde dejé el control ? -

17:00 Tocaron el timbre, llegó el repartidor, entregó el paquete de comida, recibió la paga y se marchó. Pablo colgó la llamada que le había hecho a Dan, habían hablado un poco de lo que sucedía, las noticias, Irene, el trabajo. Escuchar a su amiga lo reanimó y lo hizo sentir mejor. Luego se sentó en el sillón, se dispuso a comer los tacos que había elegido desde su aplicación, agua de horchata y un coctel de frutas, parecía no haber nada interesante en la programación. De pronto se detuvo en un film, quizá japonés o de otro lugar, donde se veía a un maestro enseñando al aprendiz a hacer movimientos con los brazos, como una especie de danza, emulaban los movimientos de las aves con tal elegancia que transmitían tranquilidad; como haciendo olas y círculos en el viento. Pablo pensó en practicar yoga desde donde se encontraba. Las imágenes lo habían motivado y se sentía un poco más fortalecido, tranquilo, algo cansado pero con ánimo de hacer un poco de ejercicio, en su mente seguía rondando esa frase, como si la tuviera por dentro y en automático, *“Las Playas de Zacatecas”*.

18:00 Pablo terminó de ver la película, se levantó, fue a su armario y saco su tapete, lo extendió en el piso de su recamara, trataba de mantener la concentración y su mente en los movimientos, comenzó a hacer algunos ejercicios que recordaba, hacía la respiración más profunda, inhalaba, exhalaba. Cada postura lo llevaba a un estado de paz, de tranquilidad, había colocado otra *playlist* de música para relajarse y esto hacía que la experiencia lo hiciera sentirse conectado con su corazón. Llegaban pensamientos, pero solo los dejaba pasar, podía sentir sus pulmones abrirse mientras respiraba, sintió estar en compañía de los demás compañeros que practicaban en aquel lugar de meditación, sentía estar en el aula donde tomaba las clases, experimentaba un control de sí mismo que lo hacía sentirse en otro lugar, como si tuviera la posibilidad de viajar solo con el pensamiento, no había fronteras ni límites, tal como se lo había dicho el viejo

Gabriel, su abuelo. Conforme iba agregando más posturas sentía una libertad que era difícil de explicar, la música de flautas hindúes y los cantos lo transportaban a desiertos, a templos antiguos, a selvas y ríos, sonidos de la naturaleza que lo envolvían en un arrullo suave y dulce. Comenzó a desprenderse de todos sus pensamientos y con los ojos cerrados vio a través de su entrecejo a un niño corriendo en la arena de alguna playa, se parecía mucho a él, a lo lejos, iba sonriendo y jugando con el agua del mar, el cielo era increíble, luminoso y lleno de colores. Pablo se inclinó, estiro los brazos y fue regresando poco a poco, sentía alivio, parecía como si hubiera estado en un sueño, muy lejos de donde estaba. - Esa playa pudo haber sido la de Zacatecas, ¡me gustaría ir!, ¡puedo ir! - .

20:00 Una vez terminada su práctica, Pablo se dispuso a seguir ordenando el apartamento, tenía en la cabeza la idea de transportarse a aquella playa que solo podía existir en su imaginación, un lugar que solo él podía crear con todos los detalles que se le pudieran ocurrir. Por un momento pensó en llamar a Irene pero se convenció que debía dejar pasar el tiempo para que se fueran acomodando las cosas por si solas, no le era fácil desprenderse de aquella relación, aún estaba fresca, e intuía desde lo más profundo de su corazón que vendría un tiempo mejor para él, para el mundo, para todos. Llamó a su madre para saber cómo se encontraba y también preguntarle por los abuelos. Al parecer en aquel lugar estaban más tranquilos y todo transcurría con normalidad, al escuchar la voz de su abuelo sonrió y le contó sobre la noticia que había leído en las redes acerca de las famosas playas de Zacatecas, su abuelo lanzó una carcajada y le dijo que la gente podía inventar cualquier cosa con tal de confundir y llamar la atención, Pablo también hablo con su abuela y le dio gusto saber que se encontraban bien a pesar de la situación.

Para las 21:00, al terminar la llamada, Pablo lanzó un suspiro al aire, se sentía un poco liberado y comprendió que todo aquello que estaba pasando tenía una razón de ser, no habían sido días fáciles y aún faltaba un periodo de tiempo para poder salir a la normalidad, se sentía un poco agotado por toda la

actividad que había realizado durante el día, fue a su habitación, se recostó en la cama y cerró los ojos. Se extendían las palmeras a lo largo de la maleza que cubría una parte de la orilla de la playa, aromas frutales perfumaban la brisa y el viento corría con el sabor a sal que se podía sentir en la respiración, una fila de rocas se veía a lo lejos donde parecía hallarse un muelle muy bien colocado a la orilla del mar. Pablo caminó hasta llegar a los escalones, subió poco a poco y de pronto se encontró pisando esas viejas maderas que hacían unas rejillas para ver el agua correr por debajo, respiró todo el lugar con una bocanada de aire tan profunda que todos los elementos de ese hermoso lugar le cosquilleaban como un baile por todo su cuerpo, le arrullaban y le producían una sensación de bienestar, todo era perfecto. Allá a lo lejos el sol comenzaba a caer al compás del sonido de las olas y las gaviotas volando, todo envuelto en armonía, todo sucediendo en un sólo momento. Sí, he llegado al fin, estoy en *“las playas de Zacatecas”*.

A las 22:00 hs. Pablo se quedó profundamente dormido.